

Trigésimo primer domingo durante el año, Ciclo B

31 de octubre de 2021

Mario Michiaki Yamanouchi
Obispo de la diócesis de Saitama

Hermanos

Ya estamos en el último día del mes de octubre y en la liturgia corresponde al trigésimo primer domingo durante el año del ciclo B, ciclo que culminará el 21 de noviembre con la fiesta de Cristo Rey.

En cuanto al clima, si bien hemos sufrido los efectos del cambio climático global, ya hemos pasado la época de calor estival, hemos terminado la recolección de los arrozales y quedan aún diversas frutas sabrosas, típicas de esta estación. Lo mismo comienzan a plantarse las flores que embellecen nuestros jardines a lo largo del frío invierno.

Japón es sin duda el país o el reino de las flores. Quien no ha estado en nuestro país es difícil imaginar la abundantísima variedad de flores que hay en Japón, tanto de arbustos como plantas; y ahora en otoño, contemplar la maravillosa coloración otoñal de las montañas y bosques, plazas y calles de las ciudades. Podemos contemplar con gozo la maravillosa creación de Dios a lo largo del año. Por eso, espero que después de la Pandemia, muchas personas del exterior vengan nuevamente a visitarnos. Que sepamos contemplar la naturaleza viviente creada por Dios y elevar nuestras oraciones de alabanza y gratitud.

Hoy, vamos a comenzar con un breve comentario al pasaje del libro del Deuteronomio que acabamos de escuchar en la misa, pues creo que, nos puede ayudar a descubrir una vez más la presencia de Dios en la historia de los pueblos.

Ante todo, trataremos de comprender por qué todo judío debía recitar cada día ese mandamiento. Lo mismo ver cómo fue transmitida esta tradición a lo largo de la historia del pueblo judío que se llamó "Pueblo de Dios".

Y con la lectura del evangelio de hoy reflexionar sobre qué lugar le damos a Dios en nuestra vida, en medio de nuestras luchas diarias para ganar el pan para comer y en los proyectos que vamos tratando de realizar. Por eso, hoy no insistiré sobre el mandamiento del amor a Dios y al prójimo como la dos caras de la única moneda que lo dejaré para otra ocasión.

Primer lectura : Deuteronomio 6,2-6: Sin Dios el pueblo pierde su orientación

Veamos ahora un poco, el trasfondo histórico del libro del Deuteronomio.

En las estepas de Moab, Moisés da sus últimas instrucciones al pueblo que se prepara para entrar a la tierra de Canaán. Atrás quedó Egipto y también el desierto donde supuestamente el pueblo tuvo que haber aprendido muchas cosas que tendrán que ser muy útiles para su proyecto como pueblo en la tierra de la libertad o de la promesa.

Egipto será un lugar para nunca volver, pero al desierto será necesario volver cuando el pueblo olvide o pierda su horizonte ya que éste es el espacio ideal para el reencuentro con su Dios, para dejarse reconquistar por él .

Aquí, pues, en su despedida, Moisés que no podrá entrar a la Tierra Prometida, insiste en lo más importante para que el pueblo tenga futuro: cumplir las instrucciones y normas que el Señor ha dado.

El texto del Deuteronomio que leemos hoy es el alma, la guía, la hoja de ruta que Israel no puede descuidar ni cambiar por otra cosa con el riesgo de perderse y perecer como nación. La connotación en hebreo del verbo “shemá lleva implícito el imperativo de obedecer, poner en práctica, y eso era lo que tenía que haber hecho el pueblo a lo largo de su historia, pero lamentablemente, muchas veces, se olvidaron y así sufrieron por los malos gobernantes y hasta la ciudad de Jerusalén y su templo fueron totalmente destruidos, y la mayoría de la gente, fueron exiliados a Babilonia (la primera deportación fue en 597 aC).

Las experiencias históricas obligan a Israel a aprender qué significa “escuchar a su Dios y poner en práctica su Palabra, su instrucción. Con base en todo lo que le ha pasado, Israel descubre que los mandatos del Señor no buscan atarlo, cerrarle horizontes ni poner a todo un pueblo bajo la dirección de un Dios caprichoso. No es un Dios cualquiera el que libre y espontáneamente ha optado por este pueblo, es un Dios de Vida que sólo busca orientar al pueblo por sendas de vida. Israel no entendió siempre así el propósito de Dios y se fue detrás de otros dioses, y cuando se metió en el proyecto de otras divinidades empezó a perderse, se confundió y resultó siendo peor que otros pueblos que no conocían al verdadero y único Dios. Así pues, después de sobrevivir a las más duras experiencias, Israel vuelve a recordar cuál era desde el principio la propuesta de su Dios: amarlo sólo a él, buscarlo sólo a él y no confiarse de ninguna otra propuesta por más llamativa que fuera para no volver a caer en un fracaso peor.

Evangelio: Marcos 12,28b-34: Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor

Son bastantes los que, a lo largo de sus vidas, han ido pasando de una fe ligera y superficial en Dios a un ateísmo igualmente frívolo e irresponsable. Hay quienes han eliminado de sus vidas toda práctica religiosa y han liquidado cualquier relación con una comunidad creyente, no sólo a nivel de católicos sino también de otros cristianos y religiones. Pero, ¿con esa actitud podrá resolver con seriedad la postura personal de uno ante el misterio último de la vida, como la enfermedad, la muerte y el más allá?

Hay quienes dicen que no creen en la Iglesia ni en las predicaciones de sus sacerdotes, pero creen en Dios. Sin embargo, ¿qué significa creer en un Dios al que nunca se recuerda, con quien jamás se dialoga, a quien no se escucha, de quien no se espera nada con gozo?

Otros proclaman que ya es hora de aprender a vivir sin Dios, enfrentándose a la vida con mayor responsabilidad y no culpando a Dios cuando fallamos o las cosas no salen bien como lo esperábamos. Pero cuando se observa de cerca su vida, no es fácil ver cómo les ha ayudado concretamente el abandono de Dios a vivir una vida más digna y responsable.

Bastantes se han fabricado su propia religión y se han construido una moral propia a su medida. Nunca han buscado otra cosa que situarse con cierta comodidad en la vida, evitando todo interrogante que cuestionara seriamente su existencia, de pensar en cómo ayudar a los que viven en situaciones precarias como los refugiados, inmigrantes y marginados de la sociedad.

Algunos no sabrían decir si creen en Dios o no. En realidad, no entienden para qué puede servir tal cosa. Ellos viven tan ocupados en trabajar y disfrutar, tan distraídos por los problemas de cada día, los programas de televisión y las revistas del fin de semana que Dios no tiene sitio en sus vidas.

Pero nos equivocariamos los creyentes si pensáramos que este ateísmo frívolo se encuentra solamente en esas personas que se atreven a decir en voz alta que no creen en Dios.

Este ateísmo puede estar penetrando también en los corazones de los que nos llamamos creyentes: a veces nosotros mismos sabemos que Dios no es el único Señor de nuestra vida, ni siquiera el más importante.

Por eso para concluir hagamos la prueba de ver qué es lo que sentimos en el fondo de nuestra conciencia cuando escuchamos lo que Jesús nos dijo: *“Escucha: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas”*(Mc 12.29-30).

Y preguntémonos: ¿Qué espacio ocupa Dios en mi corazón, en mi mente, en mi vida diaria, en mis proyectos?